

Una revisión necesaria

SI EL GÉNERO de la literatura de la memoria aún tiene algo de asignatura pendiente en España, cuando nos ceñimos a un ámbito menor por específico -como sería el de Galicia- no siempre podemos contar con novedades dignas de mención. Conviene destacar el esfuerzo de Ediciós do Castro -uno de los elementos del complejo de Sargadelos, impulsado por Isaac Díaz Pardo- para seguir ampliando su colección "Documentos para la Historia contemporánea de Galicia". No es casualidad que las recensiones relativas al ámbito gallego aparecidas en estos boletines lo hayan sido de obras de dicha editorial.

En 1998 ha salido de la imprenta, de la mano del periodista Tucho Calvo, *Valentín Paz-Andrade. Memoria do século*. Esta obra es la recopilación de diversas conversaciones mantenidas por el periodista con quien fue importante empresario y destacado político, de quien vimos parte de su epistolario en el anterior boletín. Es por esta razón que hemos preferido no repetir personaje y, con la vista vuelta atrás, recuperar un texto de un importante político de raíz y sentimientos gallegos, determinante en la historia española contemporánea. Nos referimos a Manuel Portela Valladares (Pontevedra, 1867- Bandol, Francia, 1952), presidente del gobierno en la República (1935-1936) y dos veces ministro, amén de otros cargos políticos en la primera mitad del siglo.

Valga como justificación a esta revisión la efemérides que suponen los sesenta años transcurridos desde la victoria franquista que supuso el fin de la guerra civil. El editor del dietario que reseñamos, José Antonio Durán, también se responsabilizó de las *Memorias de Portela Valladares*, publicadas por Alianza Editorial también en 1988. Tengo la certeza de que estas memorias no son conocidas en determinados ambientes gallegos, a pesar de que pueden arrojar mucha luz sobre determinados momentos de la historia política de Galicia. Muy especialmente sobre la década de los diez -cuando se fundó Acción Galega, que lideró las movilizaciones labriegas, y que sólo por las maniobras interesadas de Vicente Risco no convergió con el

nacionalismo de las Irmandades- y sobre el proceso de génesis del estatuto de autonomía, desde los pactos de Lestrove -que designó la representación gallega en el Pacto de San Sebastián, en 1930- y de Barrantes, hasta su aprobación por las Cortes republicanas, reunidas en Montserrat en 1938.

Ciñéndonos al texto que comentamos, el dietario comienza en agosto de 1936 en la población nordcatalana de Vernet, a donde Portela Valladares había llegado después de huir -al parecer, disfrazado de sufragista inglesa- de la amenaza revolucionaria que se adueñó de Barcelona como respuesta al alzamiento militar. Desde este primer exilio se ofreció al general Franco, con toda probabilidad por presión de su esposa, la condesa de Brías. Pero, separado de ella en enero del año siguiente, pudo regresar a Valencia y se incorporó a la administración republicana. En 1939 hubo de marchar definitivamente de España, camino de un segundo exilio que sería definitivo. Instalado en Francia, tuvo que hacer frente a dos peticiones de extradición hechas por el gobierno franquista, basadas en un supuesto robo de obras de arte... que Portela había llevado consigo a Francia desde su domicilio barcelonés (lo era desde 1923).

Es un dietario relativamente largo a pesar de algunos saltos, motivados principalmente por vicisitudes de índole política (entre ellas, un par de detenciones en Francia) y alguna que otra enfermedad. Aunque no olvida los acontecimientos que iba protagonizando, en el dietario hay mucho de reflexión sobre hechos pasados antes del estallido de la guerra civil. Hay críticas contra Manuel Azaña por haber optado por la alianza con las izquierdas en el Frente Popular, en lugar de hacerlo por una alianza de centro-izquierda con exclusión de las fuerzas revolucionarias.

Sin ser determinante en el conjunto, el editor ha optado -a mi juicio, con muy buen criterio- por incorporar las cartas cruzadas entre Portela Valladares y Castelao, algunas de ellas ya en período de exilio, y que condujeron a que el primero se incorporase al Consello de Galiza -presidido por Castelao- y a encabezar, junto a su rival político Casares, un proyecto llamado Bloque Republicano Nazonal Galego.

La circunstancia señalada de las reflexiones sobre el pasado nos permiten recuperar la memoria de un tiempo en el que, por la propia dinámica del momento, no podía recoger el día a día. En los doce años que transcurren en el dietario -la última anotación es de 1948 aunque el editor incorpora el último texto conocido de Portela, la necrológica de Castelao-, está la trayectoria personal del autor aunque las guerras que dan título al dietario están de fondo. A veces, una sola frase en un día sirve por toda una declaración, como la que escribió el 5 de junio de 1944: "¡Por fin! ¡El desembarco!".

Sin embargo, y no hay que ser muy observador para darse cuenta, resulta evidente que hubo algún tipo de revisión. Así, tenemos referencias a los hechos de mayo de 1937 en Barcelona y a la obra de Azaña *Velada en Benicarló* en la anotación del 30 de octubre de 1936, o a la constitución francesa de 1946 (IV República) en la del 23 de octubre de 1946. En este sentido, el editor señala -a falta de un aparato de notas, por mínimo que fuese- que el autor revisó el dietario, con la perspectiva, por lejana y difícil que fuese, de una futura edición.

A pesar de lo señalado respecto a que no sólo se recogen los acontecimientos del día a día, quizá por ello podemos conocer -sin apenas voluntad de justificación- con bastante detalle su ideología, mantenida con firmeza a lo largo de su vida, a pesar de los cambios de régimen y de sus circunstancias personales. Una firmeza ideológica con facetas que iban desde su compromiso con Galicia -en política y en prensa, con la fundación del diario *El Pueblo Gallego*, de Vigo- hasta su pertenencia a la masonería, en la que alcanzó un grado importante.

En el dietario aparecen las opiniones de Portela Valladares respecto de diversos políticos. Así, no le dolían prendas en manifestar su admiración por la integridad política de José Antonio Primo de Rivera -y por su propuesta, testamentaria, de un gobierno de unidad para frenar la guerra civil- o por la visión política de Tarradellas, mientras no se frenaba a la hora de dar varapalos a Azaña, a Casares o a los cambiachaquetas, como Eduardo Aunós, quien pasó de ser secretario de Cambó a diplomático franquista.

